

LA NIÑA DEL PIANO

—¡Madre... mamita... cálmese usted!

—¡Andá, mala hija, vete; no quiero saber de tí!... ¡Vete con la abuela, si quieres, porque también la odio!—gritaba la mujerona con voz aguardentosa, mientras vagaba por los corredores de la casa con andar vacilante y pesado.

Sus manazas diformes caían sobre la niña, marcándola con tintes purpurinos y ribetes amoratados. Las palabras en sus labios formaban un cuajarón de incoherencias que se escapaba con el estrépito de una cabalgata indomable.

—¡Padre, venga; por favor, mire que mamá se ha puesto mala!

Doñ Calixto, que sabía de todos los males, continuaba el sueño de su imbecilidad botado sobre la cama, mientras la pequeña luchaba rudamente, pudorosamente, por contener la fiereza de la madre.

Así creció Juana María. Su adolescencia fué matizada por dolores prematuros y una palidez transparente surcó su rostro. En sus pupilas adormecidas, cual sueño legendario, extinguióse la luz que dilataba en fulgores extraños su ojazos atormentados.

Juana María doblegó lentamente su espíritu con la ternura de una flor silvestre, perfumada y grácil; se marchitó en la desolación aplastante con que cubre la vía a los fracasos al estrellarlos en el instante supremo de querer vivir...

Compasivamente deshojó sobre la idiotez de su madre los pétalos de piedad que guardaba en su alma, y cuando la última hoja de la última flor se hubo roto, Juana María escondió la espina para tejer su calvario a lo largo del mundo.

Frente al piano goteaba la amargura de su vida, se agrandaba frente a la negra y armónica caja. Epilépticas corrían sus manos en el teclado y su alma de artista tornábase inmensa, con la inmensidad pagana de una diosa muda.

Los motivos nerviosos llenaban la calle al escaparse; calladamente seguían los arpegios llenos de indolencia, de fatigas, y al fin, toda la tortura de su espíritu se rompían en lágrimas cristalinas, interminables; agonizaban largamente y morían lejanas bajo el cielo infinito que circunda de olvido a los que suben...

Por la calle, tirada con la amenaza de una daga siniestra, iban desapareciendo los ecos uno a uno y a través del ventanillo desdibujábase a media tinta su cabeza pequeña; un vaho doloroso la envolvía bajo la luz y ésta apagaba el oro de su cabellera flotante sobre los hombros apenas marcados en la penumbra discreta del cuarto.

Juana María rimaba sus motivos frente al piano; diríase un motivo silencioso, indecible, bello...

Tocaba, tocaba; sus manos epilépticas torcíanse como dos culebras agonizantes sobre el albor del teclado.

Y cuando Casimiro descubrió el secreto de su vecina dijo a manera de comentario:

—En el barrio la llaman la niña del piano.

Y la niña rimaba su cuento musical, grande y sencillo; rimaba su tragedia, y ésta, como todo, se perdía en el mundo inmenso bajo las garras del Dolor...

ALBERTO ROMERO.